

CAPÍTULO 7: ORACIÓN Y PECADO ACARICIADO

«He aquí, la mano del Señor no se acorta para no poder salvar; ni su oído se ha vuelto pesado para oír; sino que vuestras iniquidades han separado entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Isaías 59:1-2).

Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me escuchará (Salmo 66:18).

Estos son dos de los textos bíblicos favoritos del diablo, ¡y los cita cada vez que puede! ¿Dudas que el diablo cite textos bíblicos? Mira las tentaciones que le presentó a Jesús, cuando estaba en el desierto. El diablo citó las Escrituras. Citar las Escrituras para disfrazar sus tentaciones es una de las prácticas más antiguas del diablo, y me gustaría sugerir que estos dos textos se encuentran entre sus favoritos.

Esto no quiere decir que el Espíritu Santo no haga uso de estos textos para convencer de pecado. Pero la convicción del Espíritu Santo siempre nos animará a venir a Dios, como el único remedio para nuestra condición pecaminosa. Si alguna vez comenzaste a orar, y de repente recordaste estos dos textos, y te detuviste allí mismo porque temías ser demasiado pecador para venir a Dios, entonces has escuchado al diablo citando estas escrituras en tu oído.

Pero antes de continuar, hagamos una lista de algunas cosas que no intentamos decir en este capítulo. De esta forma, evitaremos malentendidos a medida que avancemos en nuestro tema.

No estamos diciendo que esté bien pecar.

No estamos diciendo que Dios pasa por alto o excusa el pecado.

No estamos diciendo que la victoria sea imposible o innecesaria.

No estamos diciendo que no hace ninguna diferencia, para la respuesta a la oración, si estás involucrado en pecado o no.

No estamos diciendo que tengas que estar casi listo para la traslación, antes de poder orar efectivamente.

No estamos diciendo que sea tu justicia, tu obediencia, o tu victoria, lo que permite a Dios responder tus oraciones.

Necesitamos tener una definición clara de pecado, antes de discutir el efecto del pecado en las respuestas a las oraciones. No debemos definir el pecado únicamente en términos de comportamiento. Más bien, siempre debemos definir el pecado en términos de relación. Pecar significa vivir una vida apartado de Dios. El pecado es separación de Dios. Esto resulta en los pecados, es decir, quebrantar los mandamientos, injusticia exterior, y comportamiento incorrecto. Pero la raíz del problema del pecado es siempre una relación rota. El comportamiento pecaminoso es sólo el resultado. Jesús dijo:

«Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y amaron más las tinieblas que la luz,

porque sus obras eran malas. Porque todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas» (Juan 3:19-20).

Si deseas una definición de «pecado acariciado», pruebe con esta: Pecado acariciado es cualquier pecado que le hace desechar su relación con Cristo, para continuar con el pecado. Aquí hay otra definición: El pecado acariciado es cuando deliberadamente te alejas de la Luz, porque no quieres que tus obras sean reprendidas. No es pecado acariciado cuando caes, fracasas, y pecas debido a la debilidad y la inmadurez. No es un pecado acariciado mientras sigas viniendo a la Luz, porque más que nada quieres permitirle que Él te guíe a la victoria sobre tus pecados y fracasos. «Los errores cometidos por ignorancia, irreflexión, o debilidad, no son pecados voluntariosos y premeditados» (5TPI 605).

Cuando David huía de Saúl, se cansó tanto de la lucha, que perdió su dominio sobre Dios. Pecó al acudir a los filisteos, que eran enemigos del pueblo de Dios, y al hacer un pacto con ellos para su propia protección. Dios fue deshonrado por la incredulidad de David.

Al poco tiempo, David se vio colocado en una posición difícil, debido a su proceder. Los filisteos decidieron ir a la guerra contra Israel, y le dijeron a David que esperaban que él se uniera a ellos en la batalla. Pero observe este comentario sobre la situación de David:

«David sintió que se había extraviado del camino. Mucho mejor hubiera sido para él, encontrar refugio en las fuertes fortalezas de las montañas de Dios, que en los enemigos declarados de Jehová y su pueblo. Pero el Señor en su gran misericordia no castigó este error de su siervo, dejándolo solo en su angustia y perplejidad; porque, aunque David, al perder el control del poder divino, había vacilado, y se había desviado del camino de la estricta integridad, el propósito de su corazón seguía siendo ser fiel a Dios» (Patriarcas y Profetas, página 690).

David había pecado, pero no era culpable del pecado que acariciaba. Su corazón todavía estaba inclinado hacia Dios. Él no se negó a venir a la Luz. Por el contrario, debido a que siguió viniendo a la Luz, se le mostró el error de su camino, y se le llevó al arrepentimiento.

Podemos estar absolutamente seguros de una cosa: todo lo que la Biblia quiere decir con oraciones que no pueden ser contestadas, porque consideramos la iniquidad en nuestros corazones; cualquiera que sea el significado de pecados que nos separan de Dios, para que Él no pueda escuchar nuestras oraciones, nunca puede significar oraciones de arrepentimiento y confesión. Si no pudiéramos volvernos a Dios y buscar Su gracia para lidiar con la iniquidad en nuestros corazones, estaríamos sin esperanza. Por nosotros mismos, no hay manera de que podamos eliminar la iniquidad de nuestros propios corazones. Sólo el poder de Dios puede lograr eso por nosotros. Y Dios es muy paciente con nosotros a medida que crecemos, mientras tratamos de aprender a entregarle el control de nuestras vidas.

Los discípulos discutieron durante los tres años y medio que caminaron con Jesús. Ellos sabían lo que estaban haciendo. Sabían que estaba mal. ¡Se quedaron a lo largo del camino, para que Jesús pudiera adelantarse lo suficiente como para no poder escuchar lo que decían! ¿Alguna vez, en tu relación con Dios, has tratado de mantener suficiente distancia entre tú y Él, para que Él no se dé cuenta de lo que estabas pensando o haciendo? No funciona, ¿verdad? Tampoco funcionó para los discípulos. Jesús lo sabía, a pesar de sus precauciones. Los reprendió,

les aconsejó, y siguió caminando con ellos. Los discípulos pecaron, pero no acariciaron sus pecados, a pesar de que por un tiempo parecieron caer en el mismo pecado una y otra vez. No estaban acariciando el pecado, porque seguían viniendo a la Luz, y buscándola, en lugar de huir de ella. Al final, en lugar de desechar su relación con Cristo a favor del pecado, todos los discípulos, excepto Judas, desecharon sus pecados a favor de la relación. Sólo Judas era culpable del pecado acariciado, salió y se ahorcó. Como no estaba dispuesto a entregarse al Dios de arriba, se entregó a los perros de abajo.

Durante los tres años y medio que los discípulos trabajaron codo a codo con Jesús, oraron por los enfermos, expulsaron demonios, e incluso se les dio poder para resucitar a los muertos. Jesús les dijo que sus nombres estaban escritos en el cielo. Sin embargo, no experimentaban la victoria todo el tiempo, ni siquiera sobre el «pecado conocido».

En cambio, su victoria, al igual que su dependencia de Cristo, fue intermitente. En un momento, dependerían de Cristo y experimentarían Su poder en sus vidas. Al momento siguiente, dependerían de sí mismos y volverían a pecar. En un minuto, Jesús elogió a Pedro por decir: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Al minuto siguiente, decía: «Vete de mí, Satanás» (Mateo 16:16 y 23). En un momento, Pedro podía caminar sobre el agua. Al instante siguiente, se estaba hundiendo bajo las furiosas olas. Un momento después de eso, ¡estaba caminando sobre el agua otra vez!

Les tomó un período de tiempo, en su experiencia de llegar a la Luz, para que los discípulos aprendieran la fe y la dependencia. Pero siguieron llegando a la Luz y, al final, el resultado de la Luz actuando en sus vidas, fue manifiesto.

Pero el punto que nos interesa especialmente aquí es que los discípulos no tuvieron que esperar hasta alcanzar la madurez cristiana para recibir respuesta a sus oraciones. Incluso sus oraciones por otras cosas, además del arrepentimiento y el perdón, fueron respondidas desde el comienzo de su caminar con Jesús. No tuvieron que esperar hasta que pasaran Su muerte y resurrección. No tenían que esperar hasta después del derramamiento del Espíritu en Pentecostés.

Por otro lado, ¿hizo alguna diferencia, cuando su fe y confianza en Dios finalmente maduraron, y recibieron el bautismo del Espíritu? ¡Por supuesto que sí!

Si los discípulos hubieran decidido esperar hasta poder conocer la experiencia suprema de la oración, antes de comenzar a orar, nunca habrían conocido el poder de la oración en absoluto. Tenían que comenzar desde el principio, y dejar tiempo para que los frutos del Espíritu se desarrollaran en sus vidas. Y hoy debemos hacer lo mismo.

No debemos sentirnos tan abrumados por el pensamiento de nuestros pecados y errores, como para dejar de orar. Algunos se dan cuenta de su gran debilidad y pecado, y se desaniman. Satanás proyecta su sombra oscura, entre ellos y el Señor Jesús y su sacrificio expiatorio. Dicen: «Es inútil que ore. Mis oraciones están tan mezcladas con malos pensamientos que el Señor no las escucha.» Muchos, al no comprender que sus dudas provienen de Satanás, se vuelven pusilánimes, y son derrotados en el conflicto. «No dejéis de orar porque vuestros pensamientos sean malos. Si pudiéramos orar correctamente con nuestra propia sabiduría y fuerza, también podríamos vivir correctamente y no necesitaríamos ningún sacrificio expiatorio»

(Ellen G. White, Signs of the Times, 18 de noviembre de 1903).

Sin el privilegio de la oración, no tenemos esperanza de llegar al lugar donde podamos orar eficazmente. Es a través de la vía de la oración que se recibe la victoria sobre el pecado. Es a través de la oración que llegamos a tener comunión con el cielo. Es a través de la oración que nuestros corazones cambian. Se nos ha dicho que cuando es más difícil orar, es cuando más debemos orar. Cuanto menos dignos nos sentimos, menos derecho tenemos a acercarnos al trono de la gracia, y más desesperadamente necesitamos orar.

El diablo trabaja duro para impedirnos orar, porque sabe que la oración es el secreto del poder en la vida cristiana.

«El adversario busca continuamente obstruir el camino hacia el propiciatorio, para que mediante fervientes súplicas y fe no obtengamos gracia y poder para resistir la tentación» (El camino a Cristo, página 95).

El diablo viene a ti con una tentación para que peques, y te dice: «El pecado no es gran cosa. Dios no es tan particular. ¿No lo has oído? Es más fácil pedir perdón que pedir permiso. Sigue adelante y haz lo tuyo». Siempre puedes disculparte después».

Luego, tan pronto como cedes, sacude la cabeza y dice: «Ahora lo has hecho. Realmente lo arruinaste ahora. Dios nunca perdonará algo tan terrible. No tiene sentido siquiera pedir perdón, ni siquiera tiene sentido intentar orar». ¿No lo has escuchado? Dios no puede escuchar tus oraciones cuando tienes iniquidad en tu corazón».

Y muy a menudo terminamos escuchándolo, ¡en ambas ocasiones! No nos damos cuenta de que ha cambiado su historia, como lo hacen todos los mentirosos, y tenemos miedo de orar, miedo de buscar la ayuda de Dios, porque sabemos que hemos pecado.

COSECHANDO LO QUE SIEMBRAS

Una vez, un grupo de nosotros estábamos teniendo una discusión el sábado por la tarde, y alguien dijo: «Si haces algo que sabes que está mal, y te metes en problemas, entonces no puedes esperar que Dios venga y te libre de eso. Él puede estar dispuesto a aceptarte nuevamente, en lo que respecta a la vida eterna, cuando te arrepientas. Pero tienes que cosechar los resultados de lo que has hecho».

¿Crees eso? ¿Crees en la ley de la cosecha, que todo lo que siembres, eso es lo que vas a cosechar? Quizás encuentres consuelo en el hecho de que Dios está dispuesto a caminar contigo mientras cosechas. Pero

¿alguna vez Dios responderá a tus oraciones pidiendo una buena cosecha de avena, después de haber sembrado tu avena silvestre? ¿No se nos dice que, si sembramos viento, cosecharemos tempestades?

El Salmo 107 presenta cuatro escenarios. Describe cuatro tipos de personas. Primero, están los que han sido exiliados. Están vagando por el desierto, hambrientos y sedientos, y no tienen ciudad donde habitar. El segundo grupo son rebeldes, sentados en tinieblas, atados a la aflicción. Sus corazones han sido abatidos por el trabajo. Han caído, y no hay nadie que los

ayude. El tercer grupo son necios. Su aflicción es el resultado de su propia necesidad, de sus propias iniquidades. El cuarto grupo está formado por gente corriente, que se dedica a sus tareas cotidianas. Son marineros y pescadores, que bajaron al mar en barcos para hacer negocios, pero se toparon con fuertes tormentas y están desquiciados.

Estos cuatro grupos (los exiliados, los rebeldes, los necios, y los trabajadores) tienen una cosa en común, que se repite al final de cada escenario. Puedes encontrarlo en los versículos 6, 13, 19, y 28. No hay diferencia si sus problemas son el resultado de su propia necesidad, de su propia rebelión, o simplemente el resultado de vivir en un mundo de pecado. Una respuesta sirve para todos:

Entonces, clamaron al Señor en su angustia, y Él los salvó de sus angustias.

En un nivel práctico, puede que no haga mucha diferencia si tu necesidad causó los problemas y las crisis que enfrentas hoy, porque no importa quién sea el culpable, la solución es la misma: acude al Señor con tus problemas. Él tiene poder para salvar, incluso a los necios y a los rebeldes.

REGLAS VERSUS LEYES

En su libro «*Siéntese, Camine, Párese*», Watchman Nee distingue entre una regla y una ley. Un ejemplo de regla sería la de velocidad máxima de 55 kilómetros por hora. Nos referimos a esto como una ley, pero en realidad no lo es, porque es posible ir más rápido que 55 kilómetros por hora. Probablemente lo hayas hecho muchas veces sin que te atrapen, o tengas un accidente, o que tu auto se desintegre en la carretera. El hecho de que el gobierno nos pida que conduzcamos a 55 kilómetros por hora, no significa que sea imposible conducir más rápido. Los límites de velocidad son reglas, no leyes.

Por el contrario, consideremos la gravedad. La ley de la gravedad actúa los domingos, jueves, y lunes por la tarde. No importa si alguien está mirando. Funciona igualmente para el hombre común, para los reyes, y para los presidentes. Nadie está exento. La ley de la gravedad es inflexible. No hay forma de eludir la ley de la gravedad. Es más que una recomendación, o un buen consejo. Es más que una regla. Es una ley. ¿Ves la diferencia?

Sólo hay una manera de eludir una ley. No puedes ignorarla, pero puedes encontrar una ley mayor que la supere. ¿Existe una ley mayor que la ley de la gravedad? Sí, hay una ley que dice que cualquier cosa más ligera que el aire, sube. ¡Esa es la ley que mantiene los globos de helio en el aire, durante un picnic! La ley de que algo más ligero que el aire suba, es mayor que la ley de la gravedad. Es tan natural que un globo de helio suba, como que una manzana caiga.

El mismo principio se aplica a las leyes espirituales. Pablo habla de dos leyes espirituales, en Romanos 7 y 8. Mira primero Romanos 7, donde acaba de terminar de expresar su frustración, por el descubrimiento de que el bien que quiere hacer no lo hace, mientras que el mal, que no quiere hacer, es exactamente lo que termina haciendo. El versículo 21 dice: «Entonces encuentro una ley, según la cual, cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí». Pablo estaba luchando con la ley del pecado y la muerte, que al igual que la ley de la gravedad, lo empujaba hacia abajo. Todos los que nacemos en este mundo de pecado estamos sujetos a esa ley. Incluso cuando queremos hacer el bien, el mal está presente en

nosotros. Es una ley.

¡Pero aquí están las buenas noticias! Hay una ley que es mayor que la ley de Romanos 7:21. Se encuentra en Romanos 8:2: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, me ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Aunque la ley del pecado y de la muerte es tan cierta como la ley de la gravedad, existe otra ley mayor, la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús, que puede liberarnos de los efectos de la primera ley.

Con esto en mente, volvamos a los dos primeros textos de este capítulo, Isaías 59 y Salmo 66. Cuando se nos dice:

«Si en mi corazón mirare la iniquidad, el Señor no me escuchará», ¿estamos hablando de una regla, o una ley?

¿Cuál piensas?

¿Recuerdas al ciego de Juan 9, el que había sido ciego de nacimiento? Después de ser sanado, lo llamaron ante los líderes judíos para explicar lo sucedido. Él dijo: «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ese oye.» (versículo 31). ¿Estaba diciendo la verdad o no?

Es ley que Dios no escucha a los pecadores, que no responde a los que tienen iniquidad en sus corazones. Pero hay buenas noticias. Hay una ley mayor. De hecho, hay varias leyes más importantes, que podemos considerar a este respecto.

La primera ley mayor dice que la misericordia de Dios excede a su justicia. Si Dios estuviera buscando una excusa para acabar con este mundo pecaminoso, podría haberlo hecho hace mucho tiempo. Pero Su misericordia se extiende a todo aquel que acude a Él, en busca de ayuda,

¡y no hay período de espera! No tenemos que dedicar cierta cantidad de tiempo a comportarnos bien, para que Él nos ayude. Tan pronto como venimos a Él, Él nos acepta. Jesús dijo: «Al que a mí viene, no lo rechazo nunca» (Juan 6:37).

«Algunos parecen sentir, que deben estar a prueba y deben demostrarle al Señor que están reformados, antes de poder reclamar Su bendición. Pero pueden reclamar la bendición de Dios, incluso ahora. Deben tener Su gracia, el Espíritu de Cristo, para ayudar en sus debilidades, o no podrán resistir el mal. A Jesús le encanta que vengamos a Él, tal como somos, pecadores, indefensos, y dependientes. Podemos venir con toda nuestra debilidad, nuestra locura, nuestra pecaminosidad, y caer a sus pies en arrepentimiento. Es su gloria rodearnos en los brazos de su amor, y vendar nuestras heridas, limpiarnos de toda impureza» (El camino a Cristo, página 52).

La ley de la misericordia de Dios, extendida sin período de espera, es una de las leyes más grandes que reemplaza a la de la iniquidad en el corazón. Esta ley mayor de la misericordia de Dios explica por qué los discípulos podían sanar a los enfermos, expulsar demonios, y resucitar a los muertos, y aun así no ser perfectos. La razón es que cada vez que acudían a Cristo, eran aceptados inmediatamente. No tenían que permanecer rendidos a Él, durante tantas semanas, días, horas, o incluso minutos, antes de presentar sus peticiones de bendiciones. Él se puso a trabajar en su

nombre de inmediato.

¿Recuerdas su experiencia, al pie del Monte de la Transfiguración? Los discípulos dependían de sí mismos, en lugar de depender de Jesús. Se sintieron avergonzados y sorprendidos, al descubrir que su oración por la curación del niño poseído no fue respondida. No sólo les faltó fe a ellos, sino también al padre del niño, quien inició la petición.

Entonces, vino Jesús y clamaron a Él pidiendo ayuda. Se dieron cuenta de su necesidad. El padre del niño dijo:

«Pensé que creía, pero evidentemente no creo lo suficiente. Por favor, ayúdame con mi incredulidad». Y el niño fue sanado (ver Mateo 17:14-21).

Una segunda ley, que es mayor que la ley sobre la iniquidad en el corazón, es la ley de la gloria de Dios. Esta es la ley que Moisés alegó en Éxodo 32:12. El pueblo de Israel estaba descalificado para la ayuda de Dios, debido a la ley del pecado y la muerte, pero Moisés alegó una ley mayor, como la razón por la cual Dios no debería destruir a Israel:

«¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo.»

Muchas veces en la historia de nuestro mundo, esta segunda ley mayor, ha estado en operación, y los juicios que Dios podría haber enviado para cumplir la primera ley, fueron evitados debido a la segunda ley, Su nombre, gloria, y reputación en la tierra.

Una tercera ley, que es mayor que la ley sobre la iniquidad en el corazón, es la ley de que Dios puede responder cuando se le pide que intervenga. Volvemos nuevamente al hecho de que siempre es correcto preguntar. Abraham descendió a Egipto, donde mintió acerca de que Sara era su esposa, y se metió en problemas. Pero invocó a Dios para que lo liberara, y Dios pudo responder, porque uno de sus hijos le había apelado. Abraham estaba equivocado, pero fue liberado. ¡Puedes leer sobre esto en Génesis 12:11-20, y nuevamente en Génesis 20! Porque, verás, Abraham no aprendió la lección la primera vez. Hizo lo mismo otra vez, y nuevamente Dios lo libró, a pesar de que él mismo provocó el problema, por su propio pecado.

Sansón es otro ejemplo de esta tercera ley mayor.

¡Sansón era un sinvergüenza! ¿Has leído su historia últimamente? Estudia Jueces 13 al 16. Sansón pecó repetidamente, pero cuando se volvió e invocó el nombre del Señor, Dios lo libró.

¿Qué pasa con Ester? ¿Has mirado su vida últimamente? Tendemos a pensar en Ester como una rival de María, la madre de Jesús, en pureza e integridad. Pero ella se casó con un rey idólatra, algo que al pueblo de Dios se le había advertido específicamente que no hiciera, ¡y tuvo relaciones sexuales con él, incluso antes de casarse! Además, ocultó el hecho de que era parte del pueblo de Dios. Pero cuando ella oró por el pueblo de Dios, Dios escuchó su oración, y la usó para liberarlos.

Mira a Balaam. No sólo era un seguidor profeso de Dios, sino que también era un profeta. Mira la historia de Israel. Mira a Simón el fariseo, quien fue sanado de su lepra antes de convertirse, y antes de aceptar a Jesús como su Salvador.

A veces, hacemos que parezca demasiado difícil acercarse a Dios. Creemos que tenemos

que estar casi listos para la traslación, antes de poder presentarle nuestras peticiones, y esperar una respuesta. Quizás hagamos esto para enfatizar la importancia de la victoria, la obediencia, y la superación. Pero creo que estarás de acuerdo, en que es seguro quedarse con la Biblia en este tema.

Lee 2 Crónicas 6:24-31. Dios estaba dando instrucciones especiales al pueblo de Israel, y Él hizo todo lo posible para hacerles saber, que incluso cuando habían pecado, todavía estaban invitados a Su presencia. Fueron invitados a pedir Su liberación del castigo, y de los resultados de su transgresión, no sólo el perdón y la vida eterna. Es un pasaje bastante largo, pero vale la pena considerarlo. Comenzaremos con el versículo 24:

«Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante del enemigo por haber prevaricado contra ti, y se convirtiere, y confesare tu nombre, y rogare delante de ti en esta casa; tú oirás desde los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y les harás volver a la tierra que diste a ellos y a sus padres.».

«Si los cielos se cerraren y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, si oraren a ti hacia este lugar, y confesaren tu nombre, y se convirtieren de sus pecados, cuando los afligieres, tú los oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tus siervos, y de tu pueblo Israel, y les enseñarás el buen camino para que anden en él, y darás lluvia sobre tu tierra, que diste por heredad a tu pueblo. Si hubiere hambre en la tierra, o si hubiere pestilencia, si hubiere tizoncillo o añublo, langosta o pulgón; o si los sitiaren sus enemigos en la tierra en donde moren; cualquiera plaga o enfermedad que sea; toda oración y todo ruego que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cualquiera que conociere su llaga y su dolor en su corazón, si extendiere sus manos hacia esta casa, tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdonarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, habiendo conocido su corazón; porque solo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres; para que te teman y anden en tus caminos, todos los días que vivieren sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres».

Dios ha hecho todo lo que un Dios de amor sabe hacer, para hacérselo lo más fácil posible, ¿no? Ha trabajado una y otra vez para liberar, ayudar, y sanar a quienes no tenían derecho a su bendición. De hecho, ninguno de nosotros recibe lo que merecemos, o no estaríamos vivos en este momento. Ninguno de nosotros merece el cielo, ni la vida eterna, ni la menor de las misericordias de Dios.

¿Te preocupa, que la aplicación de las leyes más importantes de Dios conduzca a la licencia? No debes preocuparte. Si Dios está dispuesto a correr ese riesgo, ¿por qué deberíamos dudar? Se nos ha dicho que la bondad amorosa y la misericordia de Dios, nos llevan al arrepentimiento. Cuando comprendamos Su misericordia y amor en nuestra propia experiencia, nuestros corazones se quebrantarán, y seremos atraídos hacia Él.